SANSÓN CARRASCO

RECUERDOS DE DON QUIJOTE

DEVRIENDT

RECUERDOS DE DON QUIJOTE

SANSÓN CARRASCO

RECUERDOS DE DON QUIJOTE

Introducción de / Introduction by
Xavier Tricot

DEVRIENDT

ISBN 9789490732035
Wettelijk Depot D/2011/4254/1
NUR307
© Xavier Tricot - 2011

No quería componer otro Quijote –lo cual es fácil– sino *el Quijote*.

Jorge Luis Borges, *Pierre Menard, autor del Quijote*

Introduction

Invited by the Fundación Carlos de Amberes in Madrid to curate an exhibition of the graphic work of James Ensor I met, quite unexpectedly, a Professor Emeritus of Spanish literature at the opening reception on September 30th, 2010. At a certain moment, amongst the crowds, I stood in front of an etching by James Ensor from 1895, *Fridolin et Gragapança d'Yperdamme*, and explained, to one of the many guests who asked me, the meaning of the title. At the words Don Quixote and Sancho Panza I saw a perfectly dressed, smaller, older man suddenly turn round surprised. Surprised by his response myself, I looked at him and smiled questioningly. He approached and told me, in Spanish, that he owned a copy of the etching. When I explained that my grasp of Spanish was poor, he switched to English. I told him that the Ostend painter had read and found inspiration in Cervantes' masterpiece and that I too had read, with great interest, a perfect Dutch translation by Barber van de Pol, published by Querido in Amsterdam in 1997. He then informed me that he also had a copy of the same edition. Even more surprised, I asked him if he had a good understanding of Dutch. To which he replied that he possessed an extensive library containing every possible edition of *Don Quixote*. After some small talk, he asked me if I was free the next day and invited me to visit him at home the following afternoon.

Curious, I found myself the next day in one of the busy lanes around the Buen Retiro park where, in one of the many stately buildings, lay the apartment. He kindly let me in and guided me to his library. I was overcome with wonder at the sight of such a treasure trove. The walls were covered with glass showcases several metres high which were filled with books, old and new. He let me sit in one of the two, worn, high leather armchairs and asked if he could offer a glass of old Xeres.

Introducción

Invitado por la Fundación Carlos de Amberes en Madrid para organizar una exposición sobre la obra gráfica de James Ensor, inesperadamente me encontré en esta ciudad, durante la recepción inaugural el 30 de septiembre de 2010, con un catedrático emérito de literatura española. En un momento dado, expliqué a uno de los numerosos invitados en medio del bullicio el título de un grabado de James Ensor fechado en 1895, *Fridolin y Gragapança d'Yperdamme*. Al mencionar yo los nombres de «Don Quijote» y «Sancho Panza» vi cómo un señor algo mayor, bajito y perfectamente vestido se dio la vuelta sorprendido. Yo mismo me extrañé de su reacción y le miré sonriente e inquisitivo. Se me acercó y me contó en español que poseía este grabado. Le intenté explicar que yo no dominaba el español, ante lo cual comenzó a hablarme en inglés. Le conté que el pintor de Ostende había leído la obra maestra de Cervantes y se había inspirado mucho en ella, así como que yo mismo había leído el libro con gran interés en una perfecta traducción neerlandesa de Barber van de Pol, editada en 1997 por Querido en Ámsterdam. Me dijo enseguida que él también tenía esa edición. Perplejo, le pregunté si además dominaba el neerlandés, pero me contestó que tenía una amplia biblioteca de todo tipo de ediciones del *Quijote*. Charlamos un rato y me preguntó si tendría libre el día posterior a la inauguración, después de lo cual me invitó a su casa.

Al día siguiente acudí curioso a una de las concurridas avenidas del barrio situado en torno al parque del Retiro, donde se encontraba su piso en uno de sus numerosos edificios elegantes. Me recibió muy amablemente y me llevó a su biblioteca. ¡Vaya sorpresa que me llevé al ver aquel tesoro! Todas las paredes estaban ocupadas por vitrinas de varios metros de altura repletas de libros, tanto antiguos como

As my eyes scanned the room, I noticed Ensor's etching hanging on the wall behind his majestic mahogany desk. Afterwards, he told me that, since his youth, he had been collecting every edition he could find of Don Quixote. Not without pride did he tell me that he owned translations of the work in extremely rare languages as well as very early printings. After a second glass of Xeres he walked to one of the library walls and took a manuscript wrapped in red velvet from a drawer. Very carefully he laid it upon my knees. "Look at this", he said, almost inaudibly. Nervously, I unwrapped a brown leather-bound manuscript from the cloth. When he looked at me searchingly and realised I did not know what to say, he said, "*Memories of Don Quixote* by Sanson Carrasco". Half dazed, half smiling, I replied – in complete disbelief – that it couldn't possibly be, that Carrasco is a fictional character and so on... He totally understood my comment and added that the name was probably a pseudonym of an unknown amateur writer, a contemporary of Cervantes.

When I questioned the authenticity of the manuscript, he explained that the text had been examined by one of the most important specialists in Spain who had assured him that it had, indeed, been written in the 17th century. He went on to tell me that he – just graduated from the University of Salamanca in the second half of the 1950s – had purchased the manuscript, for a lot of money, from an antique dealer in Toledo, who had told him that it had been discovered during the restoration of one of the many mansions in the heart of the old city. The manuscript had probably been hidden for many years, if not centuries, under the roof tiles in the eaves of the house. "By whom, and why?", I thought to myself. Furthermore, the antique dealer had told the Professor that the carpenter, who had found the manuscript by chance, had kept quiet about his discovery and subsequently sold it to him.

When I asked whether he had read the manuscript and what he thought of it, I was greeted with silence. To my next question, as to whether it had been examined by other Cervantes specialists, he told me that no one – except for the expert mentioned and a photographer – had seen or examined the work. His argument was that nobody would ever have taken the discovery seriously and that he did not want to be caught up in an acrimonious controversy that might compromise his career as a

modernos. Me ofreció uno de los dos gastados butacones de cuero y me preguntó si quería una copita de jerez añejo.

Repasando con la mirada las paredes vi el grabado de Ensor, colgado tras su majestuosa mesa de caoba. Después me contó que desde su juventud venía coleccionando todas las ediciones posibles del *Quijote*. Orgulloso, me dijo que poseía traducciones de la obra en las lenguas más raras, así como ediciones muy antiguas. Tras la segunda copita de jerez, se acercó a una de las estanterías y sacó de un cajón un manuscrito envuelto en un trozo de terciopelo rojo. Muy prudente, lo dejó en mis rodillas.
–Eche un vistazo–, me dijo muy despacio. Un tanto nervioso desenvolví el trozo de tela y saqué un manuscrito encuadernado en cuero marrón. Me echó una mirada escrutadora y, al ver que yo no sabía qué decir, me reveló:
–*Los recuerdos de Don Quijote*, por Sansón Carrasco–.

Medio aturdido, medio sonriendo, le contesté incrédulo que eso era imposible, que Carrasco era un personaje ficticio, etc. Entendió totalmente mi reacción y añadió que el nombre debía ser el seudónimo de un desconocido escritor aficionado, coetáneo de Cervantes. Cuando le pregunté por la autenticidad del manuscrito me respondió que había hecho investigarlo por uno de los grandes especialistas españoles, quien le había asegurado que efectivamente había sido escrito en el siglo XVII. Me dijo asimismo que acababa de terminar la carrera en la Universidad de Salamanca en la segunda mitad de los años cincuenta cuando pudo comprarlo, por no poco dinero, a un anticuario de Toledo, quien le contó que había sido descubierto durante la restauración de una de las numerosas y centenarias casas señoriales del casco viejo. Probablemente el manuscrito permaneció durante muchos años, por no decir siglos, escondido bajo las tejas de la cubierta de la casa.

¿Quién lo escondería y por qué?, me pregunté. El profesor me dijo también, según le contó el anticuario, que el ebanista que encontró el manuscrito no había revelado su descubrimiento a nadie antes de vendérselo a él. Cuando le pregunté si lo había leído y qué le parecía, permaneció callado. Después quise averiguar si lo había hecho examinar por otros especialistas en Cervantes y me contestó que

Professor. I then argued that the manuscript – fraudulent, authentic or apocryphal – had a certain value to Cervantes researchers regardless, and that it certainly ought to be published. Whereupon he answered that he was too old to work on such a risky project. When I asked if I could submit the manuscript to Fernando Villaverde, the Madrid publisher of the Ensor catalogue for the Fundación Carlos de Amberes, he responded dismissively. Having listened to my arguments, he finally opened another drawer in his enormous library, out of which an orange-red Agfa-box appeared. Under my nose, he opened the box and it was full of black and white photographs, reproductions of the pages of the manuscript. I could take this precious box on one condition - that I would never divulge his identity. I promised him everything he wanted to hear and departed with a treasure in my bag. That same afternoon I visited Fernando Villaverde, to whom I related the whole adventure. After a long conversation, he agreed to discuss the publication of the manuscript with a few of his publishing colleagues.

The next day, before I flew back to Belgium, I called the Professor and asked him if the publisher could make contact with him in order to do business. Suspicious, he categorically refused and said that everything should be arranged through me. I could hear, in his voice, very real regret that he had released the manuscript but also the realisation that there was no turning back. Once back in Ostend, I kept in touch with my Spanish publisher who helped me to publish the manuscript.
The result is now in your hands.

However small my contribution may be in the discovery of this exceptional manuscript, I am absolutely astounded by the incredible twist of fate – in which Ensor's etching *Fridolin et Gragapança d'Yperdamme* played a not insignificant role – that finally enabled *Memories of Don Quixote* by Sanson Carrasco to see the light of day after four centuries of darkness.

Xavier Tricot

ninguna persona, salvo el experto mencionado y un fotógrafo, lo había visto o examinado, pues nadie hubiera creído su descubrimiento y no quería verse implicado en una agria polémica capaz de poner en peligro su carrera como catedrático. Le repliqué que el manuscrito, ya fuera fraudulento, auténtico o apócrifo, tenía un cierto valor para los investigadores de Cervantes y que había que editarlo de todos modos. Me contestó que ya era muy mayor para encargarse de un proyecto tan arriesgado. Cuando le pregunté si podía presentar el manuscrito al editor madrileño Fernando Villaverde, que había preparado el catálogo de Ensor de la Fundación Carlos de Amberes, en primera instancia lo rechazó categóricamente. Después de escuchar mi argumentación, sacó de otro cajón de su enorme biblioteca una caja de Agfa de color anaranjado rojizo. Y la abrió ante mis ojos. Estaba repleta de fotos en blanco y negro: eran reproducciones de los folios del manuscrito. Me permitió que me llevara la caja a condición de no revelar nunca su identidad. Le prometí todo lo que quisiera y salí loco de alegría con mi preciado tesoro en la cartera.

Esa misma tarde fui a ver a Fernando Villaverde, a quien conté toda mi aventura. Después de una larga conversación decidió comentar la cuestión a algunos compañeros editores. Antes de regresar al día siguiente a Bélgica, llamé al catedrático y le pregunté si el editor podía contactar con él para concretar las cosas. Desconfiado, se negó categóricamente y me dijo que yo tenía que encargarme de todo. Se notaba en su voz que lamentaba haberme entregado el manuscrito, aunque se daba cuenta de que ya no podía echarse atrás. De vuelta en Ostende, mantuve el contacto con el citado editor español, quien me prestó su ayuda profesional para que el manuscrito pudiera finalmente conocerse en forma de libro. En sus manos tienen ustedes el resultado.

Por muy modesta que fuera mi aportación al descubrimiento de este singular manuscrito, me produce una gran satisfacción que, debido a una increíble casualidad –en la que el grabado de Ensor *Fridolin y Gragapança d'Yperdamme* desempeñó un papel nada desdeñable–, los *Recuerdos de Don Quijote*, de Sansón Carrasco, hayan visto la luz tras permanecer cuatro siglos en la oscuridad.

Xavier Tricot

Nota sobre la edición

Los *Recuerdos de Don Quijote* se hallan manuscritos en 20 hojas de papel agarbanzado verjurado de 190 x 250 mm, cosidas en cuaderno y con tapas de pergamino a la romana. Tinta negra, con letra bastarda característica de la época, bastante cuidada. El texto ocupa sólo la cara, con foliación consecutiva. Las dos primeras hojas y las dos últimas hojas están en blanco. Salvo algunas manchas y roturas, el estado de conservación es bastante bueno.

En la presente edición se reproduce la misma distribución que tiene el texto en los folios del original, cuyo número se indica al comienzo de la página. En las páginas pares figuran algunas notas y aclaraciones sobre el texto.

Se ha modernizado la grafía, y los numerosos títulos de libros que cita Carrasco se han puesto en letra cursiva. Asimismo, las citas del *Quijote* se han ajustado a las normas hoy vigentes sobre su edición.

Se agradece a D. Germán Redondo su ayuda para resolver algunos problemas que planteaba la transcripción del texto.

RECUERDOS DE DON QUIJOTE

Sansón Carrasco

[1] En Madrid.

He alcanzado la edad bendita en la que el cielo misericordioso me concede licencia para confiar al papel mis membranzas verdaderas y muy reales sobre Alonso Quijón, con más fortuna conocido como Don Quijote de la Mancha. En mi más temprana edad, y a la postre cuando me sobrevinieron los años mozos, tuve la ventura y el privilegio de conocer al hidalgo Alonso Quijón, que posteriormente me acogió en su casa, antes como amigo que como hijastro. Por suerte de su liberalidad y franqueza le di mis oídos en muchas ocasiones en las que tuvo por gusto contarme sus aventuras, inventadas o no. No se me alcanza a conocer ningún otro hombre dotado de tan portentosa fantasía y erudición como la de él. Así como las horas iban transcurriendo una tras otra, contaba sus aventuras de tal guisa que uno venía a no saber si estaba narrando la verdad o simplemente se trataba de la más increíble fantasía.

Ahora que contemplo como una lejanísima edad aquella en la que consagraba mi mente a mi bachillería en Salamanca, es posible que de vez en cuando mi memoria achaque el paso de los años, pero, a mi leal saber y entender, quiero dejar escrita aquí la verdad sobre la historia de este hidalgo, así me ayude Dios Nuestro Señor.

La razón de tan sinceras confesiones como las que ahora expongo es la no muy lejana publicación en M[1], corriendo el año de mil seiscientos y quince, del libro segundo de la historia de Miguel de Cervantes Saavedra, que recibió por título *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.* Este libro está teniendo una tan inigualable fortuna que, a mi parecer, supera la de cualquier otra obra que haya sido dada a la imprenta en este reino. El terrible hado ha querido que el autor falleciese sin ver el éxito tan inimaginable del ingenioso hidalgo apenas un año después de su publicación. Ha llegado el

[2] Vanagloria.

momento para mí de dar a conocer toda la verdad sobre el origen de esta historia; al muy admirado y muy gentil Alonso Quijón le debo este privilegio.

Quisiera antes remitir a las palabras que en el prólogo del primer libro Cervantes dejó escritas:

> *Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse.*

¿De dónde saca Cervantes el arrojo, la soberbia y la temeridad para comenzar su libro con tanta gloria[2]? Se refiere a la historia de Don Quijote como vástago de su ingenio, y así digo que, si no hubiese vivido Alonso, su libro nunca habría visto la luz. Ha mudado a Alonso Quijón y a su criado Sancho Panza, cuyo auténtico apellido era Gutiérrez, en una del todo punto injuriosa y burlesca parodia que quizá deleite a los simples y villanos, mas será rechazada indudablemente por la gente de letras. Más adelante Cervantes escribe:

> *Porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribille, y muchas la dejé por no saber lo que escribiría, y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría, entró a*

[3] Mancha en el papel: *obcecación y desmesura* es la lectura más probable.

deshora un amigo mío, gracioso y bien entendido, el cual, viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer a la historia de Don Quijote, y que me tenía de suerte que ni quería hacerle ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero.

A propósito Cervantes olvídase de mencionar el nombre de su amigo, pero, estimado lector, ese desconocido amigo no es otro que el que hace ya quizá demasiados años me engendró, mi padre, Bartolomé Carrasco. Cuando yo todavía era un niño, me hablaba sobre el ahora afamado y aún más que celebérrimo escritor Miguel de Cervantes, con quien había tratado en sus años de manteo y bonete en la Universidad de Salamanca; y aún tengo que decir que su memoria le daba a recordar que ya en aquellos años pensaba con tal obcecación y desmesura[3] sobre cualquier materia literaria, que no le venía en mientes ninguna otra ocupación en que su compañero de estudios hurtara horas al día si no era para escribir sus invenciones y prodigios.

Por uno de esos abundantes y las más veces azarosos caprichos de Fortuna me topé con Miguel de Cervantes en el taller de su impresor, Juan de la Cuesta, regentado en la madrileña calle que toma por nombre a Nuestra Señora de Atocha. Tal vez por razón del brío que la mocedad concede, y aún alienta en demasía, a un poeta y estudiante salmantino, como yo lo era en aquel entonces, tuve el atrevimiento de apelar al impresor con la intención de conocer si en él había disposición alguna para dar mis poemas a la imprenta. No

[4] Barbipungente, que empieza a tener barba.

teniendo parecer razonado ni opinión argumentada para reprehender o adular mis versos, Juan de la Cuesta tuvo para sí encomendarle la tarea al afamado escritor que allí se encontraba presente, de suerte que, como ya quedó dicho, no era otro que Cervantes. En oyendo que aquel bachiller barbiponiente[4] era el hijo de Bartolomé Carrasco, al punto se vino para mí a abrazarme, pues el joven al que con tanta querencia estrechaba se había confesado hijo de un viejo amigo suyo con quien desde hacía ya muchos años no había tenido trato alguno.

Pronto se me traslució que Cervantes había sido informado por mi difunto padre acerca de la existencia del singular y siempre extraordinario Alonso Quijón, pues para el primer libro de la historia que tuvo a bien titular *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* tomó como inspiración los numerosos cuentos, tanto aquellos verdaderos como los proferidos por la más pura imaginación, que sobre el hidalgo circulaban por La Mancha y por Montiel. El origen de la amistad entre mi padre y Alonso Quijón partió del litigio en que ambos, como poseedores de algunas haciendas emplazadas en La Mancha, entre Toledo y Alcalá, tuvieron en consideración disputar las lindes que delimitaban sus tierras. De este pleito, con fortuna resuelto gracias a la satisfacción y el beneplácito que la discreción de ambos dispensó al dictamen, se engendró una férrea amistad de guisa tal que, cuando el Señor tuvo a bien que me allegara a este mundo, mi padre solicitó al hidalgo que le concediera la merced de ser mi padrino, petición que al instante aceptó. En consecuencia de lo acontecido, me vi con la suerte, cuando aún contaba escasos años de vida, de tener ocasión para escuchar, con profunda admiración las más de las veces, aquellas deleitables y

[5] Falta una palabra: *necesario, preciso...*

siempre dignas de ser oídas historias que Alonso Quijón me narraba con vehemencia. Debido a las rentas que generaba su modesta hacienda, ponía todo el tiempo que fuera[5] a mi disposición para leerme las narraciones contenidas en su más que abultada biblioteca, y todavía digo que algunas veces él mismo inventaba aventuras de caballerías para mi entretenimiento.

La verdad me obliga a añadir que a Juan de la Cuesta nunca le plugo dar a la imprenta mis poemas, pues abochornado, y más aún con sonrojo, vime forzado a escuchar la crítica rigurosa que Cervantes hizo de mis versos, aunque también he de decir que no lo hizo de otro modo sino de manera juiciosa, discreta y en tono con que fuera imposible hallar la ofensa. Otras veces, con el correr del tiempo tras la fortuita coincidencia, nos hemos encontrado Cervantes y yo para hablar del sentido, o antes al revés, del absoluto sin sentido, que la poesía y las historias andantescas contienen en su seno, siendo de manera tal que, en una de mis postreras reuniones, preguntome si yo conocía a un hidalgo manchego llamado Alonso Quijón, de quien mi padre tanto le había hablado años atrás. Una vez que le informé de lo cotidianas y frecuentes que eran mis visitas al anciano, me escuchó prestando toda la atención que pudo y me interrogó acerca de aquellos detalles, por ínfimos que estos fueren, sobre su estilo de vida y sus creencias. No me dejé en olvido contarle que, gracias a la liberalidad y buena disposición que el hidalgo tuvo hacia mí, permitiome curiosear muy a menudo en su vastísima biblioteca repleta de libros científicos, religiosos, filosóficos y literarios impresos en latín, griego, castellano, gallego, toscano, francés, inglés y alemán. Alonso Quijón poseía varias ediciones raras y de gran valor, entre las

[6] Se refiere al *Disciple de Pantagruel: Le Voyage et Navigations que fist Panurge ... aux isles incongnues & estranges de plusieurs choses merveilleuses & difficiles a croire...*

[7] El autor baila los números. En realidad es 1582.

[8] *Libros del saber de astrología* y *Libros de las figuras de las estrellas.*

cuales figuraban *De incertitudine & vanitate omnium Scientiarum,* de Agrippa von Nettesheim, impresa en Amberes en 1530; *Le Favori de Court,* impresa igualmente en Amberes en 1557 por el famoso impresor Plantin; *Le Voyage de Panurge*[6], que se imprimió en París en el año de 1538, *La joyeuse & magnifique entrée de Monseigneur Francoys Fils de France et Frere unique du Roy, par la grace de Dieu, Duc de Brabant, d'Anjou, Alençon, Berri &c en sa tres-renommée ville d'Anvers,* también impresa en Amberes en 1528[7] por Plantin; *Les triumphes de la Noble et amoureuse Dame & l'art de honnestement aymer composé par le Trauerseur des Voyes perilleuses,* dada a la imprenta en París en 1539, *Gerusalemme liberata,* de Torquato Tasso, mandada imprimir en Ferrara en 1581, *Della Ragione de Stato,* de Giovanni Botero, impresa en 1589, y también *Orlando Furioso,* de Ludovico Ariosto; *Il Canzoniere,* de Petrarca, y *La Commedia,* de Dante Alighieri. Sin que todas estas obras llegaran a saciar su voracidad por los libros, pude encontrarme en su biblioteca impresos donde era posible leer escritos de Ptolomeo, Stabo, Heródoto, Tucídides, Cicerón y muchos otros sabios griegos y romanos. Del rey Don Alfonso el Sabio vine a toparme con las *Tablas astronómicas,* la *General Estoria de España* y sus *Siete Partidas,* libro de leyes impreso en 1555 con comentarios de Gregorio López, así como sus varios libros de estrellas[8]. También descubrí allí las famosas historias de la andante caballería, como el *Amadís de Gaula,* de Garci Rodríguez de Montalvo, el *Palmerín de Inglaterra,* de Francisco de Moraes, el *Tirant lo Blanch,* compuesto por Joanot Martorell, y el famoso *Lazarillo de Tormes.* Teniendo en consideración el inventario de la formidable biblioteca que acabo

de describir, cualquier lector de las aventuras de Don Quijote habrá caído en cuenta de que Cervantes menciona muchas de las prodigiosas andanzas de estos caballeros en su libro.

Dándose a la burla y jocosidad que de natural Alonso poseía, y que en ocasiones tenía por gusto hacer pública, algunos martes de Carnaval vestía su armadura y salía a caballo acompañado de su criado, a la sazón en asno, con el ánimo de cabalgar por sus tierras en toda La Mancha y Montiel. Vuestra merced se podrá imaginar fácilmente, estimado lector, cómo esto movía a risa a los campesinos y soldados en el campo, y a los barberos y fondistas de los lugares, y de qué manera, finalmente, Alonso provocaba el disfrute de todos. Por razón de las numerosas bromas y la fecundidad de su ingenio, vino a convertirse en una leyenda, y así decían algunos que perdió la cordura y menguó su seso, aunque en opinión de otros no era tal, sino que bien podría tenerse como el mejor comediante de este reino. En diciendo la verdad, he de admitir que paré en no saber si Alonso bromeaba o se terminó creyendo su propia máscara. A veces semejaba un intérprete de comedias que seguía desempeñando su personaje una vez que había bajado de las tablas; *la vida es un sueño y el mundo un escenario,* afirmaba cuando se le refería su anómalo proceder. Mas, en sabiendo que constituía la materia y el personaje principal de un libro de Cervantes, primero indignose, aunque en verdad he de decir que a la postre no tardó mucho en sentirse lisonjeado y hasta con la complacencia que a muy pocos concede el hecho de que, aún viviendo, se le escriban sus memorias a pesar de que estas sean de todo punto inventadas. Leyó el libro, a ratos divertido, aunque las más de las veces irritado, y, en viendo mis

[9] *Sic.* Debe decir *alentarme.*

[10] Felipe Roberto, impresor del *Quijote* de Avellaneda.

aspiraciones literarias, fue el propio Alonso quien juzgó por conveniente alertarme[9] a escribir una obra que diera continuación a la historia de *Don Quijote* compuesta por Cervantes. Si bien es cierto que fingí simulando no querer o no poder escribir una continuación de un libro tan escandaloso, más tarde, no exento de cierto afán literario y con la motivación que me infundía una no demasiado incipiente, aunque reconocible clase de celos, empecé a considerar la sugerencia como un desafío. Acudí a mi amigo e impresor Robert[10], quien tenía su taller en Tarragona, y le expuse la propuesta que Alonso Quijón me había formulado. Quiero hacer notar aquí que Robert imprimió los poemas que tiempo atrás habían sido rechazados por Juan de la Cuesta. Con entusiasmo apreciable, Robert me animó a escribir el libro que, sin alejarse en gran medida de la exaltación incial, no albergando duda alguna imprimiría al término de mi redacción. No es necedad pensar que la causa de su enardecida y generosa disposición por hacer difusión de mi obra era causada por el deseo de lucro y fortuna que mi libro conllevaría, y digo más, que conocí a Robert por diversos mentideros literarios que en Madrid y otras grandes ciudades había, donde tuve el placer de tratar con célebres poetas tales como Lope de Vega y Francisco de Quevedo. Teniendo a la vista en mi bufete la obra de Cervantes, no me fue necesario más de un año y medio para componer la novela que daría continuación a las aventuras primeras del hidalgo manchego. Robert lo imprimió en 1614 bajo el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda, viendo así cumplidos sus anhelos, pues con presteza llegó a vender todos los ejemplares que salieron de sus máquinas, y aún he de añadir que la buena ventura y distribución de mi obra fue tal que

[11] En realidad se refiere al capítulo LXX, «Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad desta historia».

en un pasaje del segundo libro de Cervantes, si el lector tiene a bien escudriñar el capítulo LX[11], se podrá comprobar que se refiere a mi novela. Yo me encontraba en compañía de Alonso cuando descubrió mi libro. La ruptura de cualquier vínculo que Cervantes y yo hubiéremos tenido en el pasado sobrevino de manera inevitable cuando, teniendo por cierta la sospecha de que era yo quien me hallaba tras esta nueva historia sobre Don Quijote, decidió desdeñar todo trato o consideración alguna conmigo, ridiculizando mi obra allí donde tuviera ocasión; aunque a la verdad no he de faltar si digo que su segundo libro es superior al mío. Antes de ocupar mi tiempo en la escritura, retorné a la lectura del libro de Cervantes, que no eran menos de infinitas las veces que yo lo había leído, y descubrí en él numerosas mentiras, imperfecciones y pasajes poco cercanos a la verosimilitud. En el capítulo noveno del primer libro menciona a Sidi Hamid Benengeli como historiador de las andanzas de Don Quijote, algo que al punto llamó mi atención. En habiendo yo reparado que la extrañeza de tal nombre no podía semejar palabra alguna del romance castellano, y que en consecuencia no alcanzaría a averiguar el misterio que yo me esperaba estuviese encubierto por el apeltativo del cronista moro, hube de revolver todos los vocabularios que del arábigo encontré para intentar razonar cualquier vinculación que con nuestro idioma guardara. No fue tarea baladí la de hallar algunas palabras que me concedieran un mínimo rastro para escudriñar lo que Cervantes quiso esconder bajo la máscara de un lenguaje extraño a los cristianos, pero finalmente topeme con algunas de ellas, próximas a las que buscaba, en las que el licenciado dejó anotado cómo habían llegado a nuestro idioma tras la mutación esperada después de estar

presentes tantos siglos por estos reinos. Tres fueron los vocablos que más cercanos al nombre del moro se me antojaron. Uno había en donde pude leer que «Sayyid» fue el nombre que los caciques de los ejércitos mahometanos le concedieron al héroe que otrora les combatió con gran valor y fiereza. En señal de respeto por el adversario, tornaron a llamar a Don Rodrigo Díaz de Vivar «Sayyid», o «Sidi», aunque también «Cid», que fue en lo que aquellos que no hablaban el arábigo lo terminaron mudando. Esta palabra, según el muy letrado licenciado que redactó este vocabulario, recibe como significado 'señor' o 'amo'.

Aunque tal hallzago supuso, por ínfimo que fuere, cierto avance en mis averiguaciones, no me detuve hasta encontrar la palabra «Hamid», o a lo menos algo que se le pareciese, de guisa tal que di con el vocablo «Hamete», también mencionado por Cervantes en su libro. Según el gramático, este era nombre masculino de persona, muy común entre los moros, aunque no se aventuraba a decir lo que en arábigo significa, si bien es loable pensar que refiere algo hermoso, noble o gallardo, pues es de suponer que un padre no llama a su hijo con nombre que venga a decir cosa mala o negativa de su vástago. «Hamete», según las doctas palabras del gramático, ha sido también nombre habitual entre los moriscos de estos reinos hispánicos.

Sin dar fin a la búsqueda que había acometido, no fue de poca sorpresa para mí hallar la palabra que más esquiva había resultado desde un principio a mi entendimiento, y ese huidizo vocablo no era otro que «Benengeli», lo que yo creí que era apellido morisco. El gramático decía que a esta palabra se le pueden atribuir dos posibles significados, aunque no fáciles de precisar debido a la antigüedad

del vocablo y a la muy pequeña fortuna que tuvo en escritos que se leyeran por estos lugares cristianos. Siguiendo el devenir de la palabra, y los pocos vestigios que en la lengua castellana había dejado, el licenciado argumentaba que «benengeli» no es más que aquello que tiene el color de lo que nosotros llamamos «berenjena», luego, 'aberenjenado' o 'rojizo'; se me viene a la mente pensar que Cervantes quiso hacer cierta treta con el lenguaje, como ya lo hicieron los clásicos en tiempos muy remotos, para redundar en la condición de moro de nuestro cronista. Aunque la otra posibilidad, aquella en la que razonaba una hipotética procedencia desde las palabras «Ben Engeli», hízome reflexionar aún más sobre las artimañas que el proclamado autor de las andanzas del hidalgo utilizó para dar ingeniosas señas al lector. Según el creador de este vocabulario, estas dos palabras venían a decir 'hijo de un ciervo', o 'cervatillo', por lo que la confusión se apoderó del hasta ahora sereno juicio que mantuve durante todas mis investigaciones cuando vi de manera clara que este cronista tan solo podría ser un sobrenombre inventado por el mismo Cervantes. Si bien puedo decir que mis indagaciones ayudáronme a saber mucho más sobre el misterioso cronista de lo que conocía cuando por primera vez detuve mis ojos en la historia mandada imprimir por Cervantes, no me quise deshacer de la idea que en un primer momento me llevó a pensar en la exsitencia real de este supuesto personaje, y tanta fue mi curiosidad que dispuse todo para visitar a este morisco, o por mejor decir, a los descendientes que aún moraban en la ciudad de Toledo y los lugares que la circundan. Aunque estuve deambulando por las calles más añejas de la ciudad y llegando a todas las casas que pude, no hallé

[12] Thomas Sackville (1536-1608), conde de Dorset, diplomático y poeta, fue Lord Treasurer durante el reinado de Isabel I.

indicio del anciano que iba buscando, pues ningún morisco le había conocido ni en ocasión alguna había oído su nombre. Enseguida se me traslució de manera clara que este morisco no había existido sino en la imaginación de Cervantes, y que no se trataba más que de un artificio de su fantasía para encubrir al verdadero informador de su historia. Un morisco muy letrado que conocí durante mis averiguaciones en Toledo me contó que ese nombre ya estaba inventado, y que se componía de vocablos existentes, con lo que «Sidi» significa llanamente «Cid», «Benengeli» venía a tener por significado 'hijo de un inglés' o quizá 'hijo del ángel' y «Hamid» le parecía ser una palabra sin significado, disponiendo mi ánimo de tal manera que llegué a quedarme en extremo contrariado por la explicación. ¡Válame Dios!, ¿por qué Cervantes bautizó con el nombre de «Benengeli» al historiador ficticio de su *Don Quijote*? ¿Conoció a un poeta inglés en España? Lo que sí tengo por cierto es que en el año de mil seiscientos y cuatro se invitó a una delegación inglesa a la corte para elaborar un tratado de paz entre España e Inglaterra, y que en aquel momento Cervantes se encontraba en Valladolid. Entre los numerosos nobles ingleses que allí se concertaron se da noticia en varias crónicas de la presencia de Tomás Sakvil[12], quien, además de estar en posesión del título de tesorero mayor, también era afamado y muy entendido poeta, y en favor de esta fama he de contar que la biblioteca de Alonso poseía un ejemplar de su tragedia *Gordobuc*. ¿Acaso conoció en aquella ocasión a Sakvil y departieron sobre historias de caballeros?, ¿o tal vez hablaron sobre la publicación de su *Don Quijote*, dispuesta para un año después? Se me escurre de la razón la respuesta a tales preguntas.

[13] Ilegible: *¿antojadiza?*

Lo que sí tengo por verdadero es que Cervantes tuvo a bien dejar en olvido cualquier referencia, al término de su atribuida historia en el segundo libro, a aquello que Alonso Quijón una vez me confesara, y esto es que muchos años atrás había escrito una historia inventada en la que él mismo, junto con su criado, vivían aventuras imposibles, pero inolvidables. El correr de los tiempos y el azaroso destino daría lugar a que su auténtico propietario perdiese el manuscrito donde se leían las historias salidas de su pluma, siendo propicia tal circunstancia para que alguien de naturaleza mezquina, quizá el mencionado Sidi Hamid Benengeli, se lo vendiera a Cervantes por una cantidad de dinero que no se puede suponer baladí. No es difícil conjeturar que el llamado Sidi Hamid Benengeli, que sería entendido en romance castellano, hiciera una traducción antoj...[13] y arbitraria del manuscrito de Alonso Quijón al árabe, con lo que sería esta versión de la historia aquella que vendió a Cervantes, trasladando este de igual modo el manuscrito del arábigo al castellano. Es de importancia hacer notar que Cervantes poseía conocimientos del árabe tras su cautiverio en Argel, por lo que vuestra mereced podrá imaginarse, estimado lector, que como consecuencia de todas estas traducciones e interpretaciones, numerosos hechos verdaderos quedaron mudados en mentiras o en medias verdades. Si con la requerida atención se lee el prólogo de Cervantes, se podrá observar cómo admite no disponer de la inspiración necesaria para escribir el libro que con tan atrevida impostura había mandado imprimir:

> *En fin, señor y amigo mío, proseguí, yo determino que el señor Don Quijote se quede sepultado en sus archivos en La Mancha hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos.*

Más adelante Cervantes también hace partícipe a ese llamado amigo, quien le cuenta:

> *Y más que no habrá quién se ponga a averiguar si los seguistes o no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón. Ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología.*

¿De qué manera podía contar ese llamado amigo, mi padre Bartolomé Carrasco, a Cervantes la disposición y materia de su libro si todavía no había nacido de su mente? Aquí Cervantes yerra delatándose a sí mismo pues, estimado lector, has de saber que él me enviaba para que sonsacara a Alonso Quijón todas sus historias para escribillas a fin de que no se me escaparan de la memoria. Con

frecuencia yo acudía a Cervantes para entregarle las anotaciones que había hecho a cambio de unas monedas, y es razonablemente previsible que muchas de estas historias fantásticas debieran haber figurado también en el manuscrito perdido. Las historias del hidalgo que yo tomé, en suma con el manuscrito, deben haber sido suficientes para que Cervantes escribiera su libro fraudulento. Para mi vergüenza y mi propia infamia debo admitir que en parte ayudé a Cervantes, aunque estoy en disposición de asegurar a vuestra merced, estimado lector, que el escritor me dio palabra de que jamás publicaría las historias de Alonso Quijón si no era con el nombre del hidalgo manchego, su verdadero creador. El hecho de que finalmente hiciera estampar su propio nombre en la portada es una muestra de su increíble vanidad y desmesurada jactancia. ¿Y qué decir sobre la pretendida reprehensión de las historias de caballería?, pues digo que no es tal, porque el libro cae en honda contradicción, y antes al revés, la novela termina por ser lo que en primer término aborrece, a saber, que aquello que una parodia del género caballeresco hubiere sido se torna en la más canónica novela de caballerías, aunque sea del tipo más cómico y provocante a risa. Con toda temeridad, Cervantes también ofrece los consejos más grotescos a cualquier escritor que por tal se tenga:

> *Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla.*

[14] Papel rasgado: *mudarse* es la lectura más probable.

¿Qué hombre de letras que infamar no quisiera sus escritos pretendería lograr su arte a través de tan errada y poco juiciosa poética?, ¿en qué vendría a mudarse[14] la literatura si se tomaran como modelo del buen escribir semejantes sin sentidos y faltas a lo que de provechoso tienen las letras? Perseverando más aún en sus insensatas opiniones, Cervantes termina su prólogo con las siguientes palabras:

> *Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a cococer tan noble y tan honrado caballero, pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas.*

¿A qué tropel de vanas historias caballerescas se refiere?, ¿por ventura no es su historia la más vana novela caballeresca jamás escrita?

Es mi deseo, estimado lector, que lo que aquí ha quedado dicho le haya ofrecido el argumento para comprender que Cervantes con su libro no quiso sino alcanzar fortuna y fama de manera fácil sirviéndose de las historias de mi padre, mis informes y un manuscrito alterado que de manera ilegítima le llegó a las manos, o, mejor dicho, al escritorio. Su mísero sino quiso para él que nunca llegara a ver la fortuna que otros hicieron con su historia, pues murió arruinado un año después de la publicación del libro. ¡Bendita sea la justicia divina que terminó por vencer donde no lo hizo la humana! Vale.

Sansón Carrasco

Recuerdos de Don Quijote by Sansón Carrasco was published in March 2011 in the letter Univers and Ibarra Real, printed on the presses of Devriendt Printing Koekelare (Belgium) on 120 grammes Biotop-paper in an edition of 200 copies.

Los *Recuerdos de Don Quijote* de Sansón Carrasco, compuesto en tipos Univers e Ibarra Real, se imprimieron en marzo de 2011 en los talleres de Devriendt Printing Koekelare (Bélgica), en papel Biotop de 120 gramos, y con una tirada de 200 ejemplares.